

Detrás de la puerta de la dispensa

Aquella noche el viento era fresco y traía el olor de las primeras lluvias. Era una noche de finales de septiembre, aquellas que preceden al comienzo del otoño. Sin embargo, por todos era sabido que, en Hobbiton, en aquella época, los cambios de las estaciones no los marcaban los meses, sino esas pequeñas cosas que se hacían en cada momento del año. Y, sin duda, el verano lo marcaban las historias del viejo Tejonera. No tenían una fecha concreta de inicio, ni tampoco una para su fin, pero todo el mundo sabía, y lo aceptaba como un hecho indiscutible, que la noche en que el anciano dejaba de salir al jardín para entretener a los niños con una de sus historias significaba sin remedio el final del verano. Pero mientras, cada noche, un buen número de pequeños, y algún que otro adulto demasiado nostálgico, se reunían para escucharle. Casi todos procedían de la zona pero, de vez en cuando, alguno, por lo general un Tuk, decidía emprender su personal aventura hacia la morada del viejo. Lo que estaba claro, en cualquier caso, era que si un niño desaparecía al caer la tarde, ya se sabía cuál era el primer lugar donde acudir a buscarle.

La historia que el viejo Tejonera tenía pensado ofrecer a los niños aquel día era... bueno, para qué mentir, prometía ser muy similar a todas las anteriores. Por lo general, un relato de aventuras con moraleja final en el que intrépidos hobbit, mayormente Tuk, superaban mil peligros antes de regresar triunfantes a sus hogares. Al menos, así lo veía el pequeño Lotho cuando, cada día, recorría el corto camino que separaba su casa de la del viejo. Podría haber dejado de ir, pero... ¿por qué habría de cambiar algo que siempre se había hecho así?

Una vez más, no se equivocaba.

—Esta noche, pequeños, os contaré la historia de cómo dos jóvenes Tuk...
—comenzó a narrar la temblorosa voz del anciano.

Lotho sintió algo en su regazo y comprobó cómo Azucena se había recostado ligeramente sobre él. Solía hacerlo casi siempre. Tal vez, pensó Lotho, sí que había algún motivo que hacía que mereciera la pena escuchar otra historia de intrépidos Tuk. Nunca había dudado que se casaría con Azucena. El hecho, por otra parte, de que nunca se lo llegase a pedir, parecía indicar lo contrario. Ni siquiera se presentó el día de su boda dispuesto a raptarla para evitar perderla, como tantas veces había planeado. Claro que, todo sea dicho, sólo se le pasó por la cabeza una vez y al momento se preguntó de dónde había sacado tan estúpida idea. Simplemente, las cosas sucedían como debían suceder.

La historia de aquella noche era, al parecer, una historia de miedo, y trataba de dos jóvenes Tuk que habían apostado atreverse a entrar en una casa con merecida fama de estar encantada o, cuanto menos, poseída por algún tipo de espíritu o encantamiento maligno. A Lotho le disgustó el tema. No le gustaban las historias de miedo. A decir verdad, le afectaban demasiado, tomando la costumbre de mirar tras cada puerta y bajo cada cama durante mucho tiempo después, y para desesperación de su madre, de haber escuchado una historia de tales características. Tal vez convendría decir, llegados a este punto, que la madre de Lotho no era precisamente conocida en La Comarca por su carácter amable y compasivo.

Sin embargo, la historia daría un ligero, y aun así inesperado, cambio. En su intento de demostrar su mutua valentía, los dos Tuk habían entrado en la casa y traspasado, una por una, todas sus habitaciones, hasta que llegaron a la última de éstas: la despensa. En ese momento, la voz del viejo se volvió más grave y, casi susurrando, narró cómo abrieron lentamente la puerta de la despensa...

—Nada más abrir la puerta —continuó— vieron algo tan horrible tras ella que no pudieron hacer otra cosa que no fuese salir huyendo de allí, marchándose lejos. Tan lejos, que tardaron mucho tiempo en volver y, cuando lo hicieron, no iban sino repletos de aventuras que contar.

Los ojos del pequeño Lotho brillaban a la luz de las velas. ¿Tuk huyendo presa del pánico? Bien, parecía que la noche podría llegar a ser divertida a pesar de todo.

El viejo continuó contando cómo, muy posiblemente, ese fue el origen del afán aventurero de los Tuk. Y no acababa de decir eso cuando, muy airado, se levantó de pronto un niño del suelo y, enfrentándose al anciano, le exigió que retirase tal calumnia hacia su familia. Tuk, sin duda.

El viejo Tejonera, por el contrario, casi parecía divertido.

—Muchacho... —le respondió—. Todos hemos huido alguna vez de algo. Considérate afortunado de que los Tuk al menos supieran aprovecharlo para ganarse la fama de intrépidos.

En ese preciso instante, comenzó el mayor revuelo protagonizado por niños hobbit que nunca haya tenido lugar. Unos, partidarios del pequeño insurgente, levantaban la voz contra el viejo. Otros tantos, hartos de escuchar hablar siempre de los mismos protagonistas, defendían la historia como si de la única posible verdad se tratase. Unos pocos más, por otra parte, que se habían quedado medio dormidos ante las susurrantes palabras que daban forma a la historia, se despertaban sobresaltados por el repentino jaleo y trataban de disimular que hubiesen sucumbido al sueño uniéndose a uno u otro grupo.

Lotho, sin embargo, no se unió a ninguno de los dos. Por un lado, no sentía ninguna envidia hacia los Tuk. Tan sólo eran unos alborotadores que convenía mantener alejados. Y, por la otra parte, Lotho no era un Tuk, por lo que no tenía por qué sentirse soliviantado ante palabras de supuesta cobardía. No, Lotho era un Sacovilla-Bolsón y, entre otras cosas, eso significaba que, si bien nunca pensaría en partir lejos en búsqueda de aventuras, sí se permitía el lujo de sentir curiosidad hacia algunos determinados enigmas. Así que, se levantó y fue hacia el viejo, que cada vez se divertía más hacia lo que parecía ser una situación de caos premeditada. Poco a poco, los dos bandos se fueron disolviendo y regresaron a sus hogares, coincidiendo con la hora en que el viento frío comenzaba a hacer desapacible la velada. Lotho permaneció de pie y, al fin, se atrevió a preguntar.

—¿Qué había detrás de la puerta de la despensa? —inquirió algo nervioso.

El viejo Tejonera pareció percatarse sólo en aquel momento de la presencia del pequeño hobbit y, como si nadie se hubiese preocupado nunca por conocer bien la historia, no se mostró en absoluto dispuesto a dar una respuesta. Le acarició cariñosamente la cabeza y, sin decir ni una palabra, se metió en su casa.

Lotho permaneció un rato allí, de pie y en silencio, esperando a que saliera de nuevo. Cuando los primeros estornudos le hicieron plantearse que debía de haber pasado mucho tiempo, decidió regresar a su casa. Como era de suponer, el subsiguiente resfriado, así como la creciente costumbre de mirar constantemente tras la puerta de la despensa cada vez que debía ir a recoger un pequeño pastel de semillas, no contribuyeron precisamente a mejorar el humor de su madre.

A la mañana siguiente, la silla del viejo Tejonera había desaparecido del jardín y se encontraba cuidadosamente colocada en el pequeño salón de la casa, lo bastante cerca, pero no demasiado, de la chimenea. Señal indiscutible de que las historias nocturnas se habían terminado y, por lo tanto, también el verano.

También resultaría conveniente mencionar que aquel mismo invierno la muerte se llevó consigo al anciano, lo que supuso que los habitantes de Hobbiton adoptasen otros eventos, que ahora no vienen al caso, para medir el final del verano.

A Lotho, sin embargo, todas estas circunstancias le supusieron no llegar a conocer nunca el final de la historia, causándole una profunda frustración. Lo que no quería decir, por otra parte, que estuviese dispuesto a hacer algo por averiguarlo. Las cosas, al fin y al cabo, eran como debían ser.

Cualquier análisis superficial de la incapacidad de Lotho para inducir el cambio, sin olvidarnos de la indiscutiblemente figura autoritaria de su madre, podría haber prevenido los acontecimientos que tendrían lugar en su vida adulta. Sin embargo, nadie entre los hobbit pensaría nunca en hacer ese tipo de análisis y, mucho menos, Lotho. Siendo realistas, Azucena se había casado con otro porque así debía de ocurrir, él nunca haría nada intrépido o inesperado porque desde luego no era un Tuk, y siempre hacía caso a su madre porque ella sabía lo que le convenía a los Sacovilla-Bolsón. Y lo que le convenía era siempre e indiscutiblemente, enriquecerse. Por eso, Lotho comenzó a encargarse de múltiples negocios que le aportaron fama y riqueza, y se mudó con su madre a Bolsón Cerrado, porque era una de las mejores casas de todo Hobbiton. Por supuesto, lo primero que hizo, fue mirar rápidamente, y en un descuido de su madre, tras la puerta de la despensa.

En los negocios, las cosas iban bien. De hecho, iban demasiado bien. Hobbiton se le quedó pequeño y, acto seguido, también La Comarca, comenzando de este modo una amplia red de exportaciones. Todo estaba sucediendo como, al fin y al cabo, debía suceder.

La Comarca empezó a organizarse. Menos mal, pensaba Lotho, que al fin el orden se estaba imponiendo entre el caos que algunos se empeñaban en mantener. Y, de paso, y dado su creciente actividad financiera y organizativa, empezaron a llamarle “Jefe”. Tampoco tenía que haber nada de malo en ello y, por una vez, hasta su madre parecía sentirse orgullosa.

Cuando llegó Zarquino, las cosas cambiaron. Cambiaron tanto que hasta él mismo no pudo evitar darse cuenta. Pero tampoco pensó que debieran ser de otro modo. El régimen de terror que oprimía a los demás habitantes de La Comarca parecía no afectar a la rutina de un Lotho ya adulto. Ciertamente es que no le hizo ninguna gracia que montase en Bolsón Cerrado una especie de cuartel general de operaciones. Operaciones, por otro lado, bastante alejadas de lo que podría considerarse una convivencia pacífica. La libertad fue, sencillamente, aplastada. Cualquiera que pareciera revelarse era apresado o, inexplicablemente, desaparecía en algún momento de su camino a casa. Y mientras, Lotho pensaba... Bueno, más que pensar, se iba dando cuenta de algunas cosas. Por ejemplo, cuando le llamaban “Jefe”, en especial los hombres de Zarquino, parecían hacerlo con un cierto toque irónico. Su madre, por otra parte, era acallada burlonamente. ¡Hacerle eso a Lobelia Sacovilla-Bolsón! Nunca en tiempos anteriores se hubiera atrevido alguien a hacer cosa semejante. Las tabernas permanecían oscuras y cerradas y, por un breve momento en el que no volvería a pensar, Lotho tuvo un ligero sentimiento de nostalgia y se planteó si había sido una buena idea requisar toda la cerveza. Todas estas cosas, por muy insignificantes que parecieran, fueron dando forma sin embargo a una pequeña semilla en el interior de Lotho. Algo a lo que ni siquiera él

prestaría la menor atención, pero que fue creciendo y creciendo, hasta que, simplemente, estalló.

Era una fresca mañana de otoño. Había llovido toda la noche y, como ocurre tras las horas caídas de fina lluvia, el sol comenzaba a aparecer por el horizonte, dispuesto a sacar mil brillos imposibles de las gotas que aún permanecían sobre las hojas de los árboles, sobre cada brizna de hierba. Una de aquellas mañanas que parecen haber sido creadas sólo para ser contempladas. Y, sin embargo, muchas más cosas habrían de ocurrir en ella, en esa concreta mañana.

El alboroto despertó a Lotho, que aún dormía apaciblemente bajo su manta. Y a su madre, que se vestía apresuradamente para salir a ver qué pasaba. Lotho la interceptó cerca de la puerta.

—¡No salgas, madre, es peligroso!

Era la primera vez que Lotho le levantaba la voz a su madre. Y también ella se debió de dar cuenta, porque se quedó parada en el sitio, sin atreverse a dar un solo paso más. Lotho, en cambio, no se inmutó, como si cada día, en su propia rutina, hiciese exactamente lo mismo. El alboroto seguía. Se oían gritos y sollozos. Se asomó a la ventana. La imagen que contempló entonces le devolvió el suave rostro de Azucena, pálido y lloroso, sus ojos fijos en un único punto. Un hombre de Zarquino la sujetaba forcejeando. Lotho abrió la puerta y salió, sin mostrar el más mínimo nerviosismo, como si fuese a recibir a algún pariente esperado. Desde allí pudo contemplar toda la escena. El punto al que miraban los ojos de Azucena estaba ocupado con su marido, un Corneta del que Lotho nunca se preocupó por averiguar el nombre, y los brazos de otro hombre que le mantenían con fuerza apresado. La voz burlona que escuchó a su lado le era demasiado conocida y, se dio cuenta justo en ese momento, demasiado odiada. Era la de Zarquino, que parecía disfrutar con el espectáculo como si de la mayor fiesta se tratase.

— Así que aquí tenemos al valiente héroe revolucionario. Bien, yo le daré una lección a tu pequeña —recalcó con amplio tono de superioridad esta palabra— resistencia.

En ese momento, justo en ese preciso instante, Lotho comprendió al fin algo que había querido averiguar desde su niñez. Se trataba ni más ni menos que de aquello que se ocultaba tras la puerta de la despensa. Comprendió que no era un monstruo, ni un espíritu malvado, ni siquiera un vagabundo salteador de caminos. No, de lo que en aquella, ahora lejana, historia huían los intrépidos Tuk era de algo mucho más poderoso y temible: de ellos mismos. De lo que cualquiera es capaz de llegar a hacer. De la maldad que permanece dormida en cada ser, y que puede aparecer por la acción, o la falta de ella. Sí, Lotho comprendió muchas cosas en aquel momento. Pero, sobre todo, comprendió que cada uno tiene la suficiente fuerza para cambiar su propio destino e influir en el de los que le rodean. Y, más aún, comprendió que si había una manera en que debían ser las cosas, no era la que estaba contemplando a su alrededor. No, las cosas no están siendo como deben ser, se dijo a sí mismo como conclusión.

Zarquino ni siquiera había reparado en la repentina aparición de Lotho. A decir verdad, no creo que nadie lo hubiera hecho. Y esa peculiaridad fue la que le permitió a Lotho tener el tiempo suficiente de coger el hacha que permanecía sobre el tocón, cerca de la entrada, y arrojarla con todas sus fuerzas sobre el hombre que sujetaba al Corneta. Nadie sabe qué pasó por su mente en aquel momento para que decidiese hacer tal cosa y no reparó lo más mínimo en la perplejidad de su madre, que lo observaba desde el umbral, ni en la atónita mirada de todos los participantes en la escena. Los que, ya puestos, parecía que al fin sí reparaban en la presencia de Lotho. La cuestión es que lo hizo. Tuviese los motivos que tuviese, o fuese lo que fuese lo que pasaba por su mente, derribó al hombre de un solo golpe. Situación que el marido de Azucena no dejó de

aprovechar, lanzándose velozmente hacia el hombre que sujetaba a su esposa y liberándola con destreza de él. La cogió de la mano e intentó salir corriendo de allí. Pero ella se detuvo y se dio la vuelta hacia Lotho. En su rostro brillaba, aún entre lágrimas, la mayor sonrisa de agradecimiento que una persona pueda llegar a mostrar. Fueron sólo unos segundos, pero a Lotho le parecieron eternos. Su único impulso era el que le marcaba el corazón, el de correr tras ella. Y se dispuso a hacerlo. Pero aquélla, como ya se ha dicho, era una fresca mañana de otoño, y las gotas de lluvia aún se acumulaban entre la hierba. El calor del sol aún no había disfrutado del tiempo suficiente para evaporarlas. Pero Lotho tampoco pensó en esto. Ni siquiera cuando resbaló en el suelo mojado comprendió el motivo. Ni cuando los hombres de Zarquino, y él mismo en persona, movido por la ira, se le abalanzaron encima, tuvo la sensación de haberse detenido. Cuando le pusieron de pie, Azucena y su marido habían huido adentrándose en el bosque. No se dio cuenta entonces, pero sintió alivio al saberlo.

—¡Llévalo atrás! —gritó Zarquino—. Ya es hora de demostrarle quién es el “Jefe” aquí.

Lotho sabía perfectamente qué significaba aquello de “llevarle atrás”. En los últimos tiempos, había visto a muchos hobbit “desaparecer” cuando se daba esa orden. Él lo sabía. Sabía lo que ocurría, y no había hecho nada por evitarlo. Tampoco lo haría ahora. Miró al hombre que lo arrastraba hacia el interior de Bolsón Cerrado. Era Lengua de Serpiente, la mano derecha de Zarquino. Nunca había soportado a aquel hombre, supo en ese momento. Pero no dijo nada. Así como tampoco escuchó los gritos de su madre, más angustiados de lo que nunca hubiera podido sospechar en ella. Ni vio el rostro de los hombres que la sujetaban para evitar que intentara rescatarle. Unos rostros demasiado marcados por la maldad como para pasar inadvertidos en cualquier otro momento. Y, cuando llegaron al final del pasillo, quiso la casualidad que la última habitación fuese la despensa. En el momento de traspasar la puerta, Lotho sonrió. Sonrió con sinceridad, por primera vez en mucho tiempo, y volviéndose a su verdugo, le hizo la única pregunta que podía haberle hecho.

—¿Conoces la historia del origen del afán aventurero de los Tuk?

Por supuesto, no obtuvo respuesta. Pero tampoco la esperaba. No le hubiese prestado atención. Como tampoco prestó atención al agudo dolor de la daga que le atravesaba el pecho. Ni siquiera prestó atención a las tinieblas que poco a poco iban dando fin a su vida. No, él tenía algo mejor en lo que centrar toda su atención. Llevaba consigo la imagen de la sonrisa de Azucena, mientras en su mente resonaba la certeza de ser el único que conocía lo que realmente se ocultaba detrás de la puerta de la despensa.

Araceli Jaqueti Fuster